

“No vale la pena conversar con Pinochet, es mentiroso”

FERNANDO ARIZTIA

OBISPO EMERITO DE COPIAPO

Por **María Teresa Larráin**
(desde Copiapó)

En la Población Herminda de la Victoria, donde vivía en 1973, los pobladores lo distinguieron con el nombre de “el padre de los pobres”, denominación que compartía con su amigo Enrique Alvear (obispo fallecido en 1982). Fue obispo auxiliar de Santiago hasta 1975, fecha en que tomó posesión del Obispado de Copiapó. Veintiséis años sirviendo en esa arquidiócesis de la III Región fueron suficientes para decidir quedarse en el corazón de los copiapinos y cuidarse allí de una enfermedad terminal que asume como “prueba del Señor”. Nada de quimioterapias ni radioterapias. Sólo su delgadez y hablar pausado denotan que tiene algún mal, pero sus ojos y su mente permanecen vivaces e inquietos, contagiando superación, esperanza y vida a quienes le rodean.

Nos recibe en su habitación de la residencia episcopal, con la imagen de Cristo en la cabecera de su cama, fotos de sus padres y del obispo Enrique Alvear, “un santo”, dice. Libros y documentos que escribe en la noche, cuando se desvela, se reparten desordenadamente en su mesa de trabajo. Mientras conversamos, su celular no deja de anunciar llamados y personal del obispado le interrumpe, para consultarle por una tarea encomendada o simplemente asegurarse de que nada le falte.

“Me siento bien, sólo un poco cansado”, dice. Pero no se le nota. Su ánimo contagia. Hace un mes, intervino en la inauguración del Memorial de los 40 detenidos desaparecidos y ejecutados políticos de Copiapó. Y el pasado miércoles 30 de julio voló a Valparaíso para recibir en la Cámara de Diputados un merecido homenaje por su infatigable lucha a favor de los derechos humanos.

-La disyuntiva de hoy es cómo llegar a la verdad de las violaciones a los derechos humanos, hacer justicia y lograr finalmente la paz entre los chilenos.

-No se puede alcanzar la paz sin la verdad. “La justicia y la paz se besan”, dice el salmo 84 de la Santa Biblia. Lejos de ser un camino de venganza, la verdad es un gran bien para los culpables, para que no se mantengan como hijos de la mentira. Jesús nos afirma que el demonio es “el padre de la mentira”. La verdad les podrá ayudar a liberar la conciencia de tan terrible peso que llevan, queremos que también los culpables lleguen a ser otra vez hijos de Dios y no sigan como hijos del demonio, que reconozcan su responsabilidad y pidan perdón. La verdad ha de conducir necesariamente a la justicia.

-En su intervención de hace días, usted habla del perdón y también de reparación.

-La sociedad entera es la que tiene que reparar, ya que estas muertes no fueron ejecutadas por individuos particulares, sino que en ellas están directamente comprometidos diversos organismos e instituciones del Estado. La verdad, la justicia y la reparación no concluyen en algo frío, sino que harán renacer la esperanza, llenando la gran aspiración del corazón humano que es también la meta final de la historia: el abrazo del perdón y del reencuentro fraterno. Se producirá así el beso estrecho de la justicia y la paz. En las víctimas y sus familiares hay cicatrices que permanecerán para toda la vida. Creo que todo lo que se está haciendo ahora

en reconocer los abusos y violaciones a los derechos humanos puede ayudar a reparar algo.

CON PINOCHET.

-En 1973 el cardenal Raúl Silva Henríquez se une con el obispo luterano Helmut Frenz, el rabino Angel Kreiman y con representantes de la Iglesia Metodista para crear el Comité Pro Paz, el cual usted presidió y tuvo corta duración...

-No fue tan corta la duración, duró más de dos años. Comenzó en los primeros días de octubre de 1973 hasta el 31 de diciembre de 1975, y le tocó la parte más dura de todos esos años.

-Tuvieron contactos con el general Pinochet entonces...

-Tuvimos dos contactos directos con el general Pinochet. También tuvimos entrevistas con el general Óscar Bonilla, entonces ministro del Interior. Con él mantuvimos una muy buena relación;

era una persona honesta. Él insistía en que le aportáramos antecedentes, hechos concretos, no rumores. Con el general Pinochet fuimos la primera vez para presentarle la existencia del Comité Pro Paz, y la segunda le llevamos una lista de 27 personas que nos constaba que habían sido detenidas y desaparecidas.

-¿Qué les respondió?

-No me acuerdo en detalle. Yo no guardaba papeles, me cuidaba muchísimo. Me acuerdo sí de dos casos muy concretos: David Silbermann, gerente de Chuqui, del cual la comunidad israelita se preocupaba mucho; y el sacerdote Antonio Lli-

dó. Las respuestas del general Pinochet fueron realmente desilusionantes. Tomó la lista, la fue leyendo, y en relación a Silbermann, él nos reconoció que había sido detenido y sacado de la cárcel por un "comando mirista disfrazado de militar". Una respuesta demasiado ingenua. Después supimos que se había colocado una línea telefónica especial, la cual fue usada una sola vez a nombre de una entidad militar para que el alcalde de la cárcel autorizase la salida de Silbermann desde la Penitenciaría. Manifestó también "la necesidad de apretar a estos marxistas para que cantaran pronto".

Con respecto al sacerdote Antonio Llidó, lo identificó en la lista y nos dijo:

"Este no es cura, es marxista". Entonces no había nada que responderle. A la salida yo les dije a los que iban conmigo: 'no vale la pena conversar con este caballero, porque es mentiroso'. Esa

fue la última vez que estuve con él. Después, unas dos veces me tocó toparme con el general Pinochet, pero en un marco protocolar cuando visitaba Copiapó.

-Pero usted le escribió una carta.

-Sí, la recuerdo bien. Fue el 18 de septiembre de 1973. Le escribí recordándole sus palabras de ese día publicadas en *El Mercurio* donde señalaba que se "borrasen los resquemores". Le decía que en la población donde entonces vivía -Horminda de la Victoria de Barrancas- no había resistencia armada alguna. Sin embargo, durante esa semana, en el río Mapocho que bordea la población, habían aparecido más de veinte cadáveres presentando heridas a balas. Los vieron hombres, mujeres y niños. Le decía: "no ha habido ningún combate en este sector, por lo cual no podemos liberarnos del pensamiento de que hayan sido fusilados". Y le añadía: "algunos de estos cadáveres, para que no sean comidos por los perros, en un gesto fraternal, han sido enterrados por los mismos pobladores; otros están todavía en el río Mapocho, junto al puente Resbalón,

entre ellos se pudo reconocer, por las ropas de trabajo, a un empleado del hospital San Juan de Dios...". Terminaba mi carta diciéndole que entendía que él no podía conocer todos los hechos que sucedían en esos días y que era mi deber comunicárselo.

-¿Qué le contestó Pinochet?

-Jamás tuve una respuesta. Supe que la carta la recibió porque una sobrina de don Jorge Alessandri, que fue diputada, se la entregó en sus manos. Días después de recibida la carta, sobrevolaron la zona helicópteros, seguramente para constatar la existencia de esos cadáveres.

-¿Cuál era la percepción del Comité Pro Paz?

-Poco a poco nos fuimos dando cuenta que estos no eran casos aislados, que no era un cabo segundo que hizo estas matanzas al arrancarse por su cuenta. Había todo un sistema de amedrentamiento y de muerte por gente que sabíamos habían sido adiestradas en la Escuela antiguerrillera de Panamá, obedeciendo a la Doctrina de Seguridad Nacional. Recuerdo bien el primer caso a pocos días del golpe: el 13 de septiembre pobladores de la Violeta Parra me trajeron un ciudadano brasileño herido de bala que había sido llevado junto a otros detenidos a la ribera del río Mapocho. Allí les ametrallaron y este ciudadano se salvó tirándose al río, desde donde fue sacado por algunos pobladores. Fue el primer caso, pero después se sumaron cientos. Recuerdo bien el 4 de octubre, el día de San Francisco de Asís. Enviamos una carta pastoral para que se leyese en las parro-

quias avisando a los feligreses que si tenían casos de detenidos o desaparecidos se acercasen a nosotros. Fue tal el tumulto de gente que llegó al edificio del Arzobispado de Santiago, en Erasmo Escala, que nuestras oficinas no dieron abasto y nos trasladamos después a la sede en calle Santa Mónica. Nos llegaban familiares de detenidos de los centros de detención de todo el país. No sabían nada de los suyos. ¡Realmente angustiante!

-¿Cómo reaccionaba el cardenal ante tanto dolor?

-Era bastante sensible. Recuerdo haberlo visto llorar cuando un grupo de mujeres de la población Nueva Matucana, ubicada a la orilla del Mapocho, fue a decirle "a mi marido, a mis hijos los han matado como perros. Allí en el río los mataron, pero ellos no son perros". Él no pudo responderles. Simplemente lloró con ellas. Eran sus hijos. Yo le conté al cardenal que un grupo del Consejo Mundial de Iglesias conversó conmigo comunicándome que las Casas de Retiro de Santiago entrarían bajo la protección de las Naciones Unidas y así podrían recibir a los extranjeros aislados en Chile que huyeron de sus países por motivos políticos. Logramos colocarlos en algunas embajadas para que siguiesen su destino a otras regiones por cuanto ni aquí ni en sus países de origen estaban a salvo.

-¿Le comentaba el cardenal sus diálogos con el régimen militar?

-Él decía que era imposible entenderse con los cuatro de la Junta. Era preferible entenderse con uno.

-¿Con quién?

-Con el general Pinochet. Pero no se llegaba a acuerdos, sino que iba simplemente a comunicarle cosas. El cardenal fue muy firme. Pinochet le señaló que el Comité Pro Paz era un obstáculo para las conversaciones con el gobierno, y el cardenal le respondió: "Nosotros no queremos ser obstáculo. Terminaremos el Comité Pro Paz, pero nuestra acción solidaria es irrenunciable". Entonces, a fines de 1975 terminó con el Comité Pro Paz y al día siguiente creó la Vicaría de la Solidaridad. La Vicaría era la misma Iglesia Católica. Tocar a la Vicaría era tocar a la Iglesia.

-El miedo entonces silenció a toda la sociedad, incluidos los medios de comunicación y la acción de ustedes fue incomprendida.

-Tanto así que un diario de la tarde publicó en esos días un titular destacado, lo tengo guardado... En primera página, con letras grandes y tinta roja se lee: "Ariztía, obispo católico; Helmut Frenz, luterano; Cura Salas (Fernando), jesuita". Y abajo, con letras mas grandes: "Traidores a Chile". Yo soy un traidor a Chile, entonces.

-¿Sintió frustración por todo lo vivido en esa época?

-No. Por el contrario, tuve más fuerzas. Como nunca sentimos el llamado de Cristo, de sus palabras, en las cuales nos conminaban a solidarizar con el doliente: "en verdad les digo que cuando lo hicieron con algunos de los más pequeños de mis hermanos, lo hicieron conmigo". (Mateo, 25, 32-44)

-Se ha dicho que el obispo Enrique Alvear, el cardenal Raúl Silva y usted presionaron para que

en 1978 hubiese una ley que perdonase a los prisioneros y que de ahí surgió la Ley de Amnistía...

"Pinochet tendría que humillarse, reconocer sus muchos pecados, pedirle perdón a la gente que hizo torturar o asesinar y después pedir perdón a Dios. Él, que es misericordioso, seguramente lo sabrá acoger después de un período largo de purificación".

-Jamás hubo una presión. ¿Qué poder teníamos? En principio la Ley de Amnistía se presentaba esperanzadora, pero estudiándola después obtuvo un rechazo completo por parte nuestra, de los abogados de la Vicaría y de todos los entendidos. No fue justa. Fue una seria intención de esconder bajo la alfombra todo lo que había sucedido: si por un lado habían fallecido 140 personas, por el otro, tres, cuatro mil muertos.

-La posición de los militares entonces era que en Chile había una guerra. Hoy repiten lo mismo: "eran ellos o nosotros".

-Era una guerra de un Ejército contra un pueblo sin defensa. Aquí en Copiapó tuvimos de intendente al general Álvarez Sgolia. Recuerdo bien un día cuando le hice ver la detención de una persona contra la cual no había pruebas de delito. "Si no hay pruebas, se fabrican las pruebas", me respondió. Un bruto.

EL PERDÓN

-¿Qué sintió cuando Pinochet fue arrestado en Londres?

-Que se lo merecía, que está bien, no se pueden

dejar impunes los crímenes contra la humanidad y por ello es muy importante que se ponga en práctica el Tribunal Penal Internacional.

-¿Cree que la justicia chilena cumple con su rol de aplicar justicia en lo que se refiere a los crímenes cometidos bajo dictadura?

-Ha ido mejorando. En los primeros años del gobierno militar su actitud fue vergonzosa. Israel Bórquez, presidente de la Corte Suprema, llegó a declarar que los detenidos desaparecidos lo tenían curco y miles de recursos de amparo fueron rechazados en su totalidad durante años. Podrían haber salvado muchas vidas...

SIETE+7				14.08.2003
13.27x12.99	4	Pág. 10		2819853-6

9 8 5 3

-Si estuviera hoy frente al general Pinochet y él le preguntara "¿Monseñor, qué hice mal para pedir perdón?".

-Sobre qué es lo que hizo de malo basta con mirar a las víctimas: los desaparecidos; escuchar los testimonios de miles de torturados, miles de familias destruidas, separadas, enviadas al exilio. Me parece que reconocerlo no es suficiente. Tendría que humillarse, reconocer sus muchos pecados, pedirle perdón a la gente que hizo torturar o asesinar y después pedir perdón a Dios. Él, que es misericordioso, seguramente lo sabrá acoger después de un largo período de purificación.

-Como usted, son muchos los que hoy enfrentan la prueba de la cercanía de la muerte. ¿Cómo lo ha asumido y qué les aconseja a aquellos que están en igual situación?

-Hace cuatro meses, el Señor ha tenido la gentileza de avisarme que tengo una enfermedad terminal. Y me ha dado el rega-

lo de una paz muy grande para disponerme en sus manos con una gran confianza en el encuentro a través de Jesús con el Padre Dios. Estimo que hacen un daño muy grande cuando ocultan al enfermo su gravedad: se le impide que se prepare para su propia resurrección a la Vida Eterna. Yo les aconsejaría conversarlo en familia, orar y después informar la verdad de su diagnóstico tranquila y directamente al paciente. Por lo demás, éste en general ya se ha dado cuenta de su situación.

-¿Qué siente frente a la muerte?

-Tengo muy claro que lo que llamamos muerte es el comienzo de una nueva existencia. Es el encuentro con la VIDA y el amor del Padre en plenitud, y con tantos hermanos a quienes hemos conocido y querido mucho aquí en la tierra. Un nuevo estilo de vida con la espiritualización de nuestros cuerpos mortales.

-El 70% de los chilenos profesa ser católico y creer en milagros. ¿Qué milagros pide para los chilenos?

-Me encantaría que se produjese el gran milagro de la reconciliación fraterna; que la justicia y la paz se besen. Y que fuéramos de verdad un país con más justicia social, menos pobres y menos desocupación, donde los bienes de la tierra alcanzasen para todos. Que la comunidad entera logre la dignidad de vivir como hijos de Dios que somos. ⑦